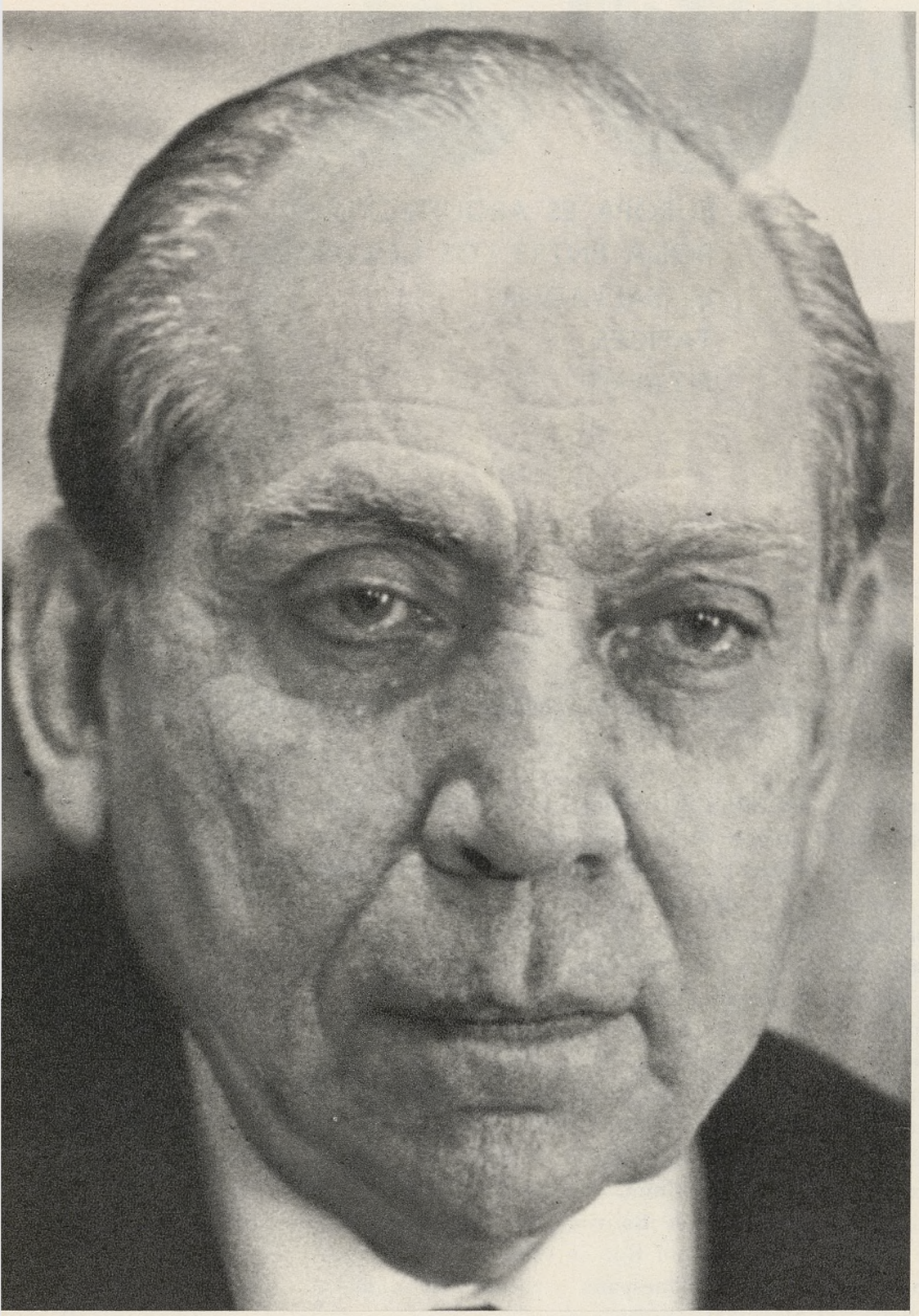
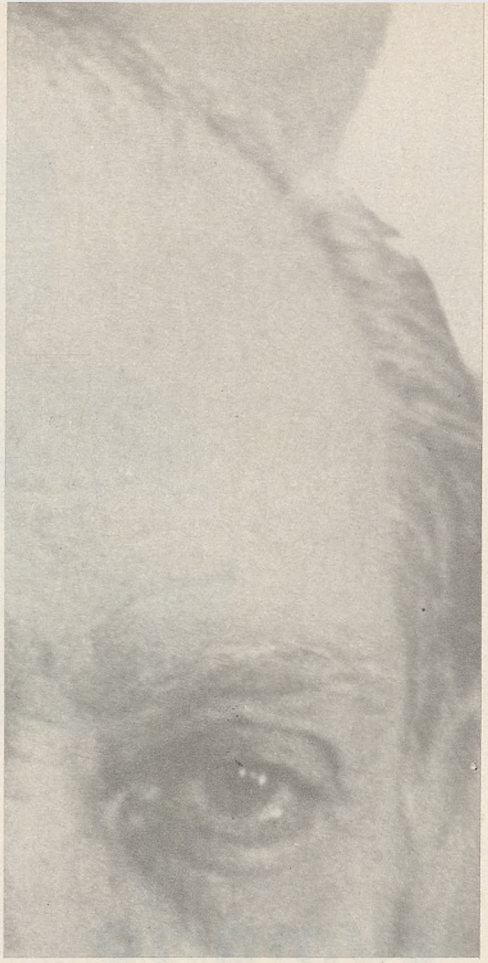




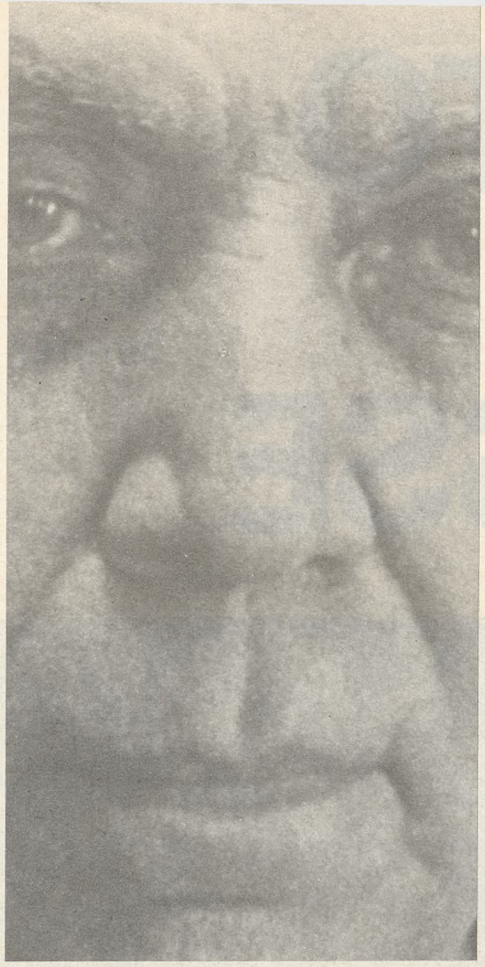
EL estado venezolano decretó, a partir del primero de enero de 1975, la nacionalización de la industria de explotación de hierro en el país. Pasaron, en esta forma y mediante justa compensación, a la nación, todas las concesiones, yacimientos, instalaciones y equipos que hasta ahora habían pertenecido a dos grandes empresas internacionales, con vastas ramificaciones en los grandes centros mundiales de consumo, y una producción anual de alrededor de 23 millones de toneladas métricas de mineral.

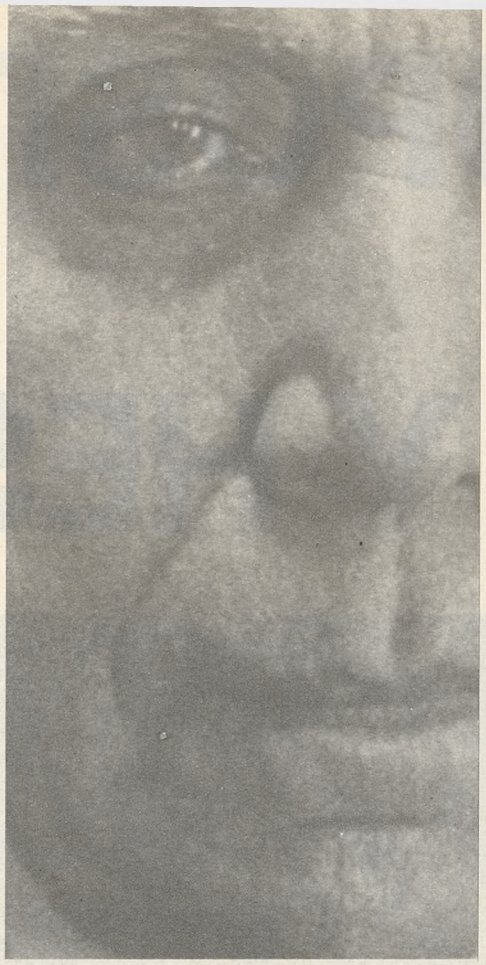
Va a entrar así el Estado a convertirse en un gran productor de hierro. La idea es limitar la exportación de mineral y sustituirlo por productos elaborados o semielaborados y llegar a alcanzar en una década un nivel de producción de acero cercano a los quince millones de toneladas anuales.

Junto a éste está el otro hecho de suma importancia de la nacionalización de toda la industria petrolera establecida en Venezuela, que muy posiblemente habrá de producirse en el curso del mes próximo. En este caso el Estado venezolano habrá de tomar a su cargo toda la operación de una gigantesca industria petrolera que alcanza un nivel de producción que fluctúa alrededor de los tres millones y medio de barriles diarios.

Hasta ahora, como en la mayoría de los países exportadores de materias primas, la responsabilidad de la gestión de estas grandes actividades productivas había estado en manos de grandes consorcios internacionales. El Estado percibía y gastaba en sus fines una creciente participación que, en los últimos tiempos, ha llegado a ser de las nueve décimas partes del valor de lo producido. Era una cómoda posición de rentista que aseguraba un ingreso cuantioso de una actividad económica administrada con la más avanzada técnica y con la mayor eficiencia empresarial.

Ahora la situación va a cambiar. De rentista pasivo y dispendioso el Estado venezolano va a tener que transformarse





VENEZUELA:

DE RENTISTA A PRODUCTOR

por Arturo USLAR-PIETRI

en eficaz gerente de producción. Es una situación totalmente distinta que implica otras responsabilidades y otros riesgos. Sustituir en todo el manejo nacional e internacional de industrias especializadas a empresas veteranas que disponen de recursos y experiencia mundiales, sin que el nivel de eficiencia decaiga, constituye un difícil desafío.

Hasta ahora la experiencia en las empresas del Estado venezolano no ha sido feliz ni ejemplar, salvo muy contadas excepciones. Ha habido más la tendencia a contentarse con la apariencia exterior de la actividad económica que a mirar fríamente a los índices de rendimiento y productividad. Las pérdidas o los nominales beneficios podían compensarse con los beneficios reales que el Estado rentista recibía crecientemente de las empresas petroleras y mineras. Ahora, simplemente, no va a haber renta distinta de la que echar mano. Habrá que lograr que las empresas nacionalizadas de hierro y petróleo continúen produciendo en los mismos exigentes requerimientos de rendimiento y eficiencia en que lo han hecho hasta ahora, o encarar un grave desequilibrio que puede afectar toda la vida económica del país.

De un salto, bruscamente, un país hasta ayer ajeno a toda preocupación de productividad, rendimiento y eficacia gerencial, va a tener que asumir las más delicadas responsabilidades en ese campo.

En otros países y en otras épocas el paso de la economía tradicional al despliegue pleno de una economía industrial de carácter internacional se ha hecho por etapas y mediante un crecimiento orgánico que ha creado una armonía y un equilibrio en todo el mecanismo económico.

En este caso se va a operar un crecimiento brusco de la responsabilidad productiva que no ha sido el resultado del crecimiento orgánico de la economía nacional.

Las tentaciones y riesgos van a ser grandes. La tendencia a abandonar las rígidas normas que han permitido a las empresas expropiadas expandirse y crecer, pueden ser abandonadas o relajadas para permitir gastos mayores, empleos mayores y exigencias menores de rendimiento.

Pocas veces se le ha presentado a una nación un desafío mayor o con más riesgo. Pasar de un salto a las mayores responsabilidades empresariales y al mismo tiempo entrar de la noche a la mañana a jugar el juego de la política económica mundial con las más veteranas y hábiles potencias de la tierra.

Todo esto es lo que un hecho, tan aparentemente simple, exige de Venezuela. Casi la creación de un estado de ánimo de aguda emergencia y de una actitud de movilización de defensa. Es, literalmente, como si entrara en una situación de economía de guerra, porque habría que crear una gran movilización y convergencia de voluntades dentro de una segura disciplina social para lograr difíciles objetivos de verdadera sobrevivencia.

Lo peor que podría pasar es tomar todo esto a la ligera, cubrirlo con el engañoso trapo de la fraseología patriotera o con las consignas gastadas e inoperantes de la vieja demagogia.

Se trata de un problema concreto y difícil, no de una gran fiesta de vendimia, que exige sangre fría, tino y prudencia. Que toda esta inmensa transformación de tan vastas consecuencias pudiera ocurrir como si no hubiera pasado nada, sin que se altere o modifique un turno de trabajo, una tonelada de producción, o un céntimo en los porcentajes de rendimiento.

Lo que se requiere en este caso es la difícil inversión de que el país crezca mentalmente al nivel de la industria avanzada y no lo contrario, que ha sido siempre el caso en la historia de los países industriales.

Para ello será necesario que todos se sientan enrolados, sin remuneración y sin miras de beneficio directo, en la gran empresa nacional de mantener la eficiencia y productividad del petróleo y el hierro venezolanos.